



LA EDAD DE ORO

68.—La hoja
de trébol.

A Lilia González

Cuando los niños pidieron un cuento, Juan Silvestre les narró éste, sin reflexionar que no tenía pies ni cabeza:

El padre de Pascualillo había hecho la casa en el lindero del bosque. Era una sencilla habitación de madera, muy limpia eso sí. Ya imaginaréis que por las ventanas y puertas entraba un aire que olía a cosa bendita. El bosque era para el niño una continuación de su hogar. Conocía todos sus rincones y en más de una ocasión se llevó una buena tunda por no asomar la nariz en casa en todo un santo día, gastado en subir y bajar árboles o andurrear con el vagabundo arroyo que antes de salir al claro, daba mil vueltas y correteos bajo la umbría como si le doliera abandonar aquel recinto. Al ser castigado por estas correrías, en su pensamiento había una confusión, algo así como si los golpes dados fuesen por andar en la sala o en la cocina de su casa.

Para Navidad sentíase dichoso cuando su madre, poniéndole un saco entre las manos, le decía:—Es preciso traer lana para el portal.

Solamente él conocía los sitios donde el musgo hacía sus maravillas con más primor sobre los troncos, o donde colgaba sus más bellas estalactitas de esmeralda a la vista y de seda al tacto. Los otros niños del lugar traían lana para adornar el Nacimiento, lana, lana común... Las Tres Divinas Personas que poseía su madre, debían sentirse orgullosas de reposar entre el musgo más lindo y suave de la montaña. Para ellas aparentaba el niño todo el tiempo quién sabe qué rebaño de ovejas encantadas, cuyo vellón delicado y de color verde iba a trasquilarse todos los años, al acercarse la Pascua. Sabía más que muchos botánicos y entomólogos dueños de colecciones olorosas a cianuro y a muerte. Su ciencia era viva, de la que alegra las imaginaciones: por ejemplo, no podía decir si las flores que conocía eran gamopétalas o polipétalas, mas sí en cuál mes florecían todas las plantas de los alrededores, los matices de las corolas; que esta orquídea lucía en el interior de su broche una palomita blanca, que la otra un abejorro exacto a un chiquizá, que la de más allá un torito. Era una abeja en lo de saber cuáles botones eran dueños de una gota de miel y siempre el pequeño altar de su madre estaba adornado con los ramilletes más perfumados que encontraba en el bosque. En las tardes de lluvia ensartaba en hilos los frijolillos de poró y los bonitos granos de lágrimas de San Pedro, recogidos en sus excursiones y hacía collares a su hermanita Susa. Las guijas pulidas y redondeadas con más esmero por las transparentes manos del arroyo, estaban en su bolsillo, y no había abejorro, libélula o mariposa cuya historia no conociese.

Los nombres de los meses eran madeja enredada en su cabeza; en cambio se fabricó un calendario a su manera. Él decía: el mes de las moras y de las uvitas de lengua de vaca; el mes en que vuelan las semillas del tabaquillo; el mes de las violetas en los potreros y de los ahoga-pollos—que son unos escarabajos de alas verde y plata que por mayo vuelan en nubes.

Calculaba la edad de su ternera así: «Nació para cuando las fiangas estaban florecidas, después de eso, dos veces Susa y yo hemos comido las uvas moradas que salen de las fiangas».

Juan Silvestre interrumpió su cuento para decir a los niños: en esto hacía como Pablo y Virginia. ¿Habéis oído hablar de estos niños? ¿No? Pues figuraos que cuando le preguntaban su edad, Virginia respondía: «Los mangles han dado dos veces su fruto y los naranjos veinticuatro veces la flor desde que estoy en el mundo».

Luego Juan Silvestre continuó:

Al igual de un ornitólogo, podía describir los pajaros de su clima a ojo cerrado: en qué tiempo era la puesta y de cuántos huevos; si hallaba un nido vacío sabía si era de zoterré, de yiguirro o de zacatera. Quería mucho al pecho amarillo porque es un pajarito valiente, y al verlo perseguir a un gavián de fuertes garras que huía ante la pequeña avecilla, tiraba su sombrero al aire y gritaba, queriéndole demostrar con ello su admiración.

Distinguía como el más entendido apicultor, las especies de abejas de su tierra y con sólo probar la miel decía si era de picúzaro o de jicote barcino. Arrebatava de un árbol un panal sin sufrir un solo aguijonazo, y alrededor de la casita del lindero del bosque zumbaban enjambres de esas abejas negruzcas que hacen miel con olor de manzana, cuyos panales estaban en troncos colgados por el niño bajo el alero.

Tenía ocho años cuando pasó por la aventura que decidió de su vida: entonces era un muchachillo de simpática figura, con sus mejillas redondas y frescas, sus ojos inteligentes, el sombrero acampanado de fieltro negro metido hasta las orejas, y los pantaloncillos de dril, engomados y largos como los llevan los hombres grandes. Las vacas no le tenían mucha confianza porque de repente le salía aguijarlas sin ton ni son y las ponía a correr azoradas; la gorda cerda blanca se preguntaba qué gusto experimentarían el muchacho en azuzar al perro para que la persiguiera y la hiciera jadear, y el mismo perro era latigüeo sin necesidad. Las ardillas, los sapos, los pájaros y las mariposas no estaban tampoco muy seguros cuando sus ojos les caían encima.

Esto no quiere decir que fuese malo y si la madre le hacía reflexiones se arrepentía de veras.

Una noche el padre dijo:—Ve Pascual y trae las vacas; déjalas en el potrero de atrás. Tengo que ir a la ciudad y quiero ordeñar en la madrugada.

Era en junio para el veranillo de San Juan, como que el siguiente era el día del Santo Bautista. Hacía mucho frío y el niño metióse en una americana regalada al padre por el amo de la ciudad.

El cielo estaba aseado y ya las nueve andaban cerca porque la luna iba bien encumbrada.

Bordeaba el bosque, cuando creyó oír en el suelo, cerca de sus pies, risas menudas y palabras dichas por bocas diminutas. Un rayo de luna colándose por el vano que dejaban unas ramas, le hizo ver una multitud de figuras minúsculas que se movía entre la hojarasca. Inclínose para mirar bien. Si Pascualillo hubiera sido una persona mayor se sobrecoge y quizá hasta habría tenido miedo, pero era un niño y un niño criado entre árboles y vacas, y el espectáculo que tenía a sus pies parecía tan natural a su inteligencia sencilla, como el que viera una mañana, a principios de mayo en el bosque, cuando lo encontró poblado de hongos. Lo que hizo fue reír. ¡Qué gracioso era todo esto! He aquí que los hongos tan quietos y si-